

BREVE HISTORIA de...

FRANCISCO FRANCO

José Luis Hernández Garvi



Un acercamiento innovador, riguroso y objetivo a la figura del general Franco, fruto de una exhaustiva labor de investigación, al margen de postulados ideológicos. Desde sus primeros pasos como cadete hasta su ocaso como dictador, descubra los aspectos menos conocidos de la vida del Generalísimo y su decisiva influencia en la historia de España

BREVE HISTORIA DE FRANCISCO
FRANCO

BREVE HISTORIA DE FRANCISCO FRANCO

José Luis Hernández Garvi



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Francisco Franco

Autor: © José Luis Hernández Garvi

Copyright de la presente edición: © 2013 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño y realización de cubierta: Reyes Muñoz de la Sierra

Imagen de portada: Franco y Hitler pasan revista a las tropas en Hendaya en su entrevista de 1940

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-539-8

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-540-4

ISBN edición digital: 978-84-9967-541-1

Fecha de edición: octubre 2013

Conversión digital: www.cuadratin.es

*Dedicado a todos los abuelos y padres
de mi generación,
que vivieron una época difícil.*

Introducción

1. Infancia en El Ferrol

Orígenes familiares

Tenso ambiente

LA guerra de Cuba

Familia rota

Marino frustrado

2 . Juventud en la Academia de Infantería

Un novato en el cuartel

Cadete del montón

La Semana Trágica de Barcelona

Grandes expectativas

Rutina y frustración

3. Destino: África

Tierra de promisión

Bautismo de fuego

Primer amor

En el fragor del combate

Herido de muerte

Paréntesis africano

4. Carmen Polo y la Legión, un amor compartido

Una chica distinguida

En la Legión

Culto a la muerte

Escarmiento implacable

El desastre de Annual

Un hombre aclamado

5. Una década turbulenta

El deber por encima de todo

La dictadura de Primo de Rivera

Una boda de postín

Un líder contestatario

El desembarco de Alhucemas

Cosecha de ascensos y medallas

Una nueva vida

6. Al servicio de la República

Una caída anunciada

Un díscolo en la familia

La agonía de la Monarquía

El cierre de la Academia

Los sucesos de Casas Viejas

La Revolución de Asturias

Sembrando vientos de guerra

7. La Guerra Civil. La oportunidad que Franco esperaba

Los peores temores

Un conspirador taimado

El vuelo del *Dragon Rapide*

Una estrecha franja de agua

Objetivo: Madrid

Caudillo y Cruzada
Camino despejado
Problemas de familia
Un objetivo demasiado lejano
Batallas sobre el terreno y en los despachos
El último parte de guerra

8. Aislamiento internacional

La paz de los vencedores
Los pilares de un nuevo Estado
Hambruna y reconstrucción
Amistades peligrosas
Un cese anunciado
Cambio de rumbo
Atrapado por su pasado

9. Poder absoluto

Ganando tiempo
Aliados en la Guerra Fría
La corte de El Pardo
Películas, cacerías y corrupción

10. Desarrollismo y *baby boom*

Las crisis coloniales de los cincuenta
Las riendas de la sucesión
Un gobierno de tecnócratas
Un abrazo para la historia
Inconformismo en medio de la prosperidad

Una mano vendada

11. El ocaso del dictador

Un anciano en el poder

Decisión largamente esperada

Pérdida de facultades

Atentado contra el presidente

El principio del fin

Bibliografía

Introducción

Hace un par de años, un adolescente se acercó a mí para preguntarme: «¿Quién era Franco?». Mi cara debió de reflejar expresivamente mi estupor porque inmediatamente añadió «¿no era amigo de Hitler o algo así?», en un intento inútil por encubrir su ignorancia. Al margen de las críticas que de esta escena se pueden deducir contra nuestro sistema educativo, debo reconocer que en ese momento reaccioné de forma un tanto precipitada, sin tener en cuenta el salto generacional que me separaba de aquel joven inquieto y curioso. Para los que como yo empezamos ya a tener una cierta edad, la figura de Franco aún permanece viva en nuestra memoria como el vestigio de un pasado remoto que traspasa el plano histórico en el que está circunscrita para tomar forma en nuestros recuerdos. Sin embargo, para las generaciones que nacieron tras su muerte, es un personaje del que han oído hablar alguna vez y al que no saben situar muy bien en relación con una época concreta ni en un contexto comprensible.

Sin darnos apenas cuenta, han pasado ya muchos años desde que España recobró su libertad, casi tantos como los que duró la dictadura franquista. Esta circunstancia tiene sus ventajas e inconvenientes a la hora de realizar una revisión histórica sobre aquel período. Por una parte, la brecha abierta por el paso de tiempo nos permite realizar un estudio del personaje sin apasionamientos, ya sean a favor o en contra, excesos que sólo contribuyen a distorsionar la realidad. Por otro lado, los años transcurridos han provocado el olvido de unos hechos que merecen ser recordados para evitar futuros errores.

Cuando asumí el proyecto de escribir una biografía sobre el general Franco, desde un primer momento tuve claro que debía abordarlo teniendo presentes esos dos condicionantes. De la misma forma, mientras reflexionaba sobre la estructura y contenido del libro, acudió a mi memoria la escena a la que hacía referencia al principio de esta introducción. Se me planteó entonces una cuestión que en ningún caso debía pasar por alto: ¿Cómo presentar a los jóvenes de hoy en día la figura del dictador consiguiendo al mismo tiempo que sus páginas les resultasen accesibles y no demasiado aburridas? El reto se planteaba difícil, más aún teniendo en cuenta la vorágine tecnológica que nos rodea y en la que nuestra juventud estudia, lee, se divierte o relaciona.

La bibliografía sobre Franco y el período sobre el que ejerció su dictadura es muy extensa. Con mayor o menor rigor histórico, el personaje y su tiempo han sido tratados desde todos los puntos de vista. Al documentarme para escribir esta biografía me he encontrado con que muchos de los libros dedicados a él han estudiado la figura del dictador aislándolo del contexto social o histórico en el que se movía o, por el contrario, prestando demasiada atención a sus aspectos personales. Esta disparidad de enfoques sobre el controvertido personaje me sirvió a la hora de dar forma a la estructura de esta biografía, inspiración que se concretó en que si quería escribir sobre Franco debía aunar la vida pública y privada del dictador en relación con los hechos históricos de los que fue protagonista, sin olvidar el contexto internacional en el que se desarrolló su trama.

En lo que hace referencia a la accesibilidad del texto, he procurado mantener un lenguaje claro, sencillo y dinámico, buscando entretener al lector sin descuidar el carácter instructivo del libro. A todos aquellos jóvenes que se acerquen dubitativos, incluso recelosos, a esta biografía, les diría que pierdan el miedo a leer y que guiados por su curiosidad se atrevan a conocer por sí mismos. La historia, aunque cuente cosas horribles, puede resultar muy interesante, quizá porque nos muestra las consecuencias provocadas por las virtudes y defectos de los hombres al mismo tiempo que de ella se pueden extraer valiosas experiencias que nos sean de utilidad para la vida diaria. Para todos aquellos que no son tan jóvenes, en estas páginas encontrarán una aproximación a la figura de Franco que les permitirá conocer aspectos que en

su día ocuparon un segundo plano o que nunca fueron revelados. De la misma forma, su lectura servirá para reavivar la memoria de nuestro pasado cercano, despertando los recuerdos de varias generaciones representadas en los abuelos, padres e hijos que vivieron durante los casi cuarenta años de dictadura.

Antes de dejarles a solas con la lectura de estas páginas quisiera agradecer a todo el equipo de la editorial Nowtilus, y especialmente a Isabel López-Ayllón, la confianza que desde un principio depositaron en este proyecto. Sus consejos, comentarios y ánimos siempre me han resultado muy valiosos. Tampoco quisiera olvidarme de mi familia, siempre dispuesta a leer los borradores previos mientras soportaba estoicamente mis cambios de humor cuando me enfrentaba a las dificultades que iban surgiendo en su redacción. Las acertadas observaciones y críticas de mi esposa María Dolores me han servido de gran ayuda. Su compañía siempre ilumina mis pasos. Por último, quisiera mostrar mi gratitud a todos los lectores que se han acercado hasta estas páginas. En estos extraños y difíciles tiempos en los que sólo parece primar la inmediatez de lo fútil y baldío, tiene aún mucho más mérito acudir a la estantería de una librería o una biblioteca dejándose arrastrar por la pasión de la lectura. Espero que estas páginas no les defrauden.

Infancia en El Ferrol

ORÍGENES FAMILIARES

Francisco Paulino Hermenegildo Teódulo Franco Bahamonde Salgado-Araujo y Pardo de Lama era el larguísimo y ostentoso nombre completo que el que estaba destinado a convertirse en dictador de España tras la Guerra Civil recibió en la pila bautismal. Pero no adelantaré acontecimientos. El 4 de diciembre de 1892 nació en la ciudad gallega de El Ferrol, población que en aquel entonces contaba con unos veinte mil habitantes y que vivía casi exclusivamente de la actividad derivada de su base naval. La familia Franco llevaba sirviendo a la Marina de Guerra en su rama de Administración Naval desde principios del siglo XVII y don Juan Franco de Reyna, uno de sus antepasados, se estableció definitivamente en la ciudad ferrolana en 1730.

Don Nicolás Franco Salgado-Araujo, padre de nuestro protagonista, siguió la tradición familiar y a los dieciocho años ingresó en la Academia de Administración Naval de El Ferrol. Sus profesores alabaron en multitud de ocasiones su capacidad de trabajo y virtudes castrenses, pero también señalaron su actitud inconformista, que no dudaba en manifestar cuando comentaba algunos aspectos de su educación. Con apenas veintiún años fue destinado a Madrid y por voluntad propia solicitó su traslado a Cuba, en aquel entonces

una de las últimas posesiones ultramarinas del antiguo Imperio español en América. En esa época, la isla atravesaba un período de relativa calma tras los primeros enfrentamientos entre los rebeldes cubanos que luchaban por su independencia y las autoridades coloniales españolas. A su llegada, Nicolás Franco se encontró con un ambiente de corrupción generalizada en el que muchos de los funcionarios y militares allí destinados se enriquecían o echaban a perder sus carreras. El joven administrador se dejó arrastrar por las costumbres relajadas de la vida en la isla caribeña y durante su estancia llevó una existencia disoluta en la que el ron y las mulatas jugaron un importante papel. Pero a pesar de esas distracciones, desempeñó sus funciones con eficacia y honestidad, manteniéndose al margen de aquellas situaciones que pudieran perjudicar su trabajo.



Fachada de la iglesia de San Francisco en El Ferrol, en donde el futuro dictador fue bautizado.

Tras su período de servicio en Cuba, Nicolás Franco regresó de nuevo a la base de El Ferrol, pero al poco tiempo de su llegada descubrió los escasos

alicientes que le ofrecía el deprimente ambiente social de la ciudad provinciana y su inquieto deseo de nuevas experiencias le empujó a solicitar un traslado a las Filipinas, el último reducto de la presencia colonial española en el Pacífico. Al igual que le había ocurrido en Cuba, al joven oficial no le costó demasiado trabajo amoldarse en poco tiempo a las costumbres de su nuevo destino. Miembro de la elitista colonia militar instalada en la base naval de Cavite, Nicolás se encargó de fomentar su fama de incorregible mujeriego. Sin embargo, sus aventuras amorosas dieron mucho de qué hablar cuando dejó embarazada a una joven de catorce años con la que había mantenido una breve relación. El escándalo le obligó a reconocer a un hijo que nació en 1889, poco antes de regresar definitivamente a España huyendo de un error y un pasado que podían perjudicarlo.

Destinado de nuevo en El Ferrol, continuó con su vida de soltero sin ataduras mientras hacía gala de una insolencia sin pelos en la lengua que empezaba a molestar a sus compañeros y superiores. Hombre de carácter vehemente y de conducta imprevisible, por el contrario nunca descuidó el desempeño de sus funciones. Amante de su trabajo, cumplió siempre con sus obligaciones aunque su imagen externa pudiera contradecirle. Cuando todo parecía indicar que era el hombre idóneo para convertirse en un solterón empedernido, Nicolás Franco sorprendió a todos decidiendo sentar la cabeza.

Como no podía ser de otra forma, el oficial conoció a la candidata adecuada para convertirse en su esposa dentro del círculo social que solía frecuentar. Pilar era una de las hijas de don Ladislao Bahamonde Ortega, intendente general de la Armada y antiguo conocido de su padre. Era una muchacha guapa de ojos lánguidos y modales distinguidos, diez años menor que él y con un profundo sentido religioso de la vida. Introversa y distante, su carácter no tenía nada que ver con el del que iba a convertirse en su futuro esposo. A pesar de la fama que precedía a su pretendiente, el noviazgo continuó adelante y el 24 de mayo de 1890, don Nicolás Franco, contador de navío de treinta y cuatro años, y doña Pilar Bahamonde, dama destacada de la sociedad ferrolana, contraían matrimonio en la iglesia de San Francisco.

TENSO AMBIENTE

El matrimonio se instaló en una casa de la calle María y no tardaron mucho tiempo en tener descendencia. Con escaso intervalo de tiempo entre ellos nacieron Nicolás, Francisco, Pilar, Ramón y María de la Paz, esta última muerta a los cuatro años de edad. Los Franco llevaban una vida sin demasiados lujos y mientras la madre se encargaba del cuidado de la casa y la extensa prole, el padre pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, aunque por su trabajo administrativo no estuviera obligado a embarcarse en los navíos de la Armada.

Las personalidades de Nicolás y Pilar eran muy diferentes, por no decir contrapuestas. Mientras él se caracterizaba por su talante campechano y extrovertido que mostraba sin tapujos ante los demás, su esposa se esforzaba por mantener las apariencias mientras sufría los sinsabores de su matrimonio. Nicolás pretendía llevar el mismo ritmo de vida que había disfrutado de soltero, reticente a someterse a las ataduras y responsabilidades de la vida conyugal. Ante el que juzgaba como reprochable comportamiento de su marido, Pilar encontró refugio en el cuidado de sus hijos y en la religión, soportando con estoicismo la indiferencia que hacia ella empezaba a manifestar su esposo. En las fotografías de aquella época los dos aparecen serios y distantes, teniendo a sus hijos como única excusa para posar juntos.

Con el paso del tiempo el humor de don Nicolás, comprimido entre los rígidos convencionalismos sociales de la estrecha sociedad ferrolana y los reproches silenciosos de su sufrida esposa, experimentó un cambio evidente. Amargado por la vida que llevaba, pasaba muchas horas en el casino, matando el tiempo sin ganas de volver a su casa, ahogando sus penas en alcohol y visitando el burdel en busca de compañía comprensiva. Cuando regresaba al hogar se encontraba con la presencia de su mujer, que le juzgaba desde su rectitud sin decir nada, lo que contribuía a empeorar su malhumor.

Don Nicolás pagaba su frustración con sus hijos, especialmente con Paquito, al que veía como un niño de naturaleza débil y enfermiza. El carácter autoritario del padre convirtió la convivencia familiar en una especie de tiranía paterna a la que nadie se atrevía a enfrentarse y en la que doña Pilar sacó fuerzas de flaqueza para erigirse como protectora de sus hijos frente a los duros castigos impuestos arbitrariamente por don Nicolás ante la más leve falta cometida. Los niños, un tanto atemorizados por la malhumorada presencia de

su padre, vivían sometidos a una rígida disciplina que los obligaba a sacar excelentes notas escolares y a portarse bien en casa. Paquito, sumiso y obediente, se limitaba a satisfacer las escasas expectativas que su padre había depositado en él, cumpliendo en el colegio sin esforzarse demasiado, mientras el niño buscaba el amparo de su madre para sentirse a salvo. Doña Pilar terminó ejerciendo una poderosa influencia sobre la mentalidad infantil de su hijo, forjando la personalidad del hombre que terminaría llevando con mano de hierro las riendas de un país destrozado por la Guerra Civil.



Francisco Franco, el primero por la izquierda, posa en esta foto junto a sus hermanos Pilar y Ramón.

LA GUERRA DE CUBA

Mientras el matrimonio de los padres de Francisco Franco hacía aguas por todas partes, España se enfrentaba al inicio de una de las peores crisis de su historia cuando los movimientos insurreccionales de Cuba y Filipinas provocaron un aumento de la tensión que amenazaba con desembocar en una guerra colonial de imprevisibles consecuencias. A finales del siglo XIX, nuestro país hacía tiempo que había dejado de ser una potencia mundial de primer orden para convertirse en una nación de segunda fila en el contexto internacional de la época. Tras las sucesivas independencias americanas, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y algunos enclaves repartidos por el Pacífico como la isla de Guam constituían las últimas posesiones del pasado imperial español.

En esos mismos años, Estados Unidos empezaba a desmerecerse de su tradicional aislacionismo para convertirse en una potencia emergente que no ocultaba sus ambiciones expansionistas. Las pretensiones norteamericanas habían quedado un tanto defraudadas al quedar excluida del reparto colonial de África y Asia acordado en la conferencia de Berlín en 1884. Cerrada la puerta de esa vía, fijaron su atención en la zona del Caribe y en el Pacífico, donde su influencia empezaba a extenderse hacia Hawái y Japón. En su camino se encontraban las posesiones españolas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, territorios que por su alto valor económico y estratégico se convirtieron en codiciadas presas. La isla caribeña, situada en el patio de atrás del gigante americano, era quizá la más apetecible de todas. En un principio, Estados Unidos pretendió comprarla, realizando sucesivas ofertas al Gobierno español que fueron rechazadas. Para España, Cuba era algo más que una simple colonia, y el mantenimiento de su soberanía se había convertido en una cuestión de prestigio internacional. Considerada como parte del territorio nacional, ocupaba un importante papel en la economía de nuestro país y el tráfico comercial del puerto de La Habana era comparable al que registraba en la misma época el de Barcelona.

En el último cuarto del siglo XIX creció en la isla un sentimiento nacionalista promovido por la burguesía local, que sentía perjudicados sus intereses en sus relaciones comerciales con la metrópoli. Las rígidas medidas proteccionistas impuestas por España, que impedían la libre exportación de productos cubanos a terceros países imponiendo el consumo de manufacturas españolas, dieron lugar a las protestas que reivindicaban una mayor autonomía en la administración y el reconocimiento de libertades políticas. Estas peticiones fueron sistemáticamente ignoradas por el Gobierno español, lo que provocó un primer levantamiento insurreccional que acabó desembocando en la denominada «Guerra de los Diez Años», conflicto que tuvo lugar en la década comprendida entre 1868 y 1878. La Paz de Zanjón apenas supuso una breve tregua que cerraba en falso las heridas abiertas por la guerra. Aunque en sus términos se incluían concesiones en materia política, la realidad demostró que la situación apenas había cambiado. Decepcionados, los sublevados volvieron a empuñar las armas y entre 1879 y 1880 se reprodujeron los combates contra las tropas españolas en la denominada «Guerra Chiquita».

En este clima de tensión creciente, Estados Unidos decidió aprovechar la oportunidad que se les presentaba para sus intereses en la zona y desde un primer momento apoyaron la causa de los independentistas cubanos. Se desató entonces una dura campaña antiespañola, incitada por los todopoderosos magnates de la prensa amarilla norteamericana Pulitzer y sobre todo W. R. Hearst, en la que se intentó desprestigiar a España por todos los medios, acusándola de país tiránico, analfabeto y caótico, al mismo tiempo que se ensalzaban las virtudes y valentía de los patriotas cubanos, a los que se elevaba a la categoría de héroes por la libertad. El Gobierno español cayó en las provocaciones norteamericanas y la prensa de nuestro país respondió con virulencia a los ataques de Estados Unidos, acusando a sus autoridades de ladrones avariciosos que pretendían anexionarse la isla y a los que España debería dar una lección. Este fuego cruzado de opiniones despectivas y soflamas virulentas, incitado por los respectivos Gobiernos, contribuyó a un rápido deterioro de las relaciones diplomáticas entre ambos países.

Mientras tanto, la situación interna en Cuba se deterioraba por momentos. La política de «guerra total» emprendida por el general español Weyler sólo contribuyó a empeorar aún más las cosas y le hizo ganarse el odio de la población cubana con medidas arbitrarias y represivas dirigidas contra ellos. Al mismo tiempo, en La Habana se sucedían las protestas y los enfrentamientos entre los partidarios de la independencia y los que defendían la permanencia al lado de España. En este clima de tensión, sectores influyentes de la burguesía cubana reclamaron la intervención estadounidense. Fue entonces cuando la Administración norteamericana adoptó en secreto la decisión de intervenir en los asuntos internos cubanos. Lo único que necesitaba era una excusa convincente que persuadiera a su opinión pública de la necesidad de emprender una guerra contra España.

A día de hoy, aún no han conseguido despejarse del todo las dudas sobre lo que realmente sucedió en el puerto de La Habana en la noche del 15 de febrero de 1898. El acorazado *USS Maine* de la Armada estadounidense se encontraba fondeado en la rada cuando, aproximadamente a las diez menos veinte de la noche, una tremenda explosión sacudió su casco, iluminando la noche con un resplandor de fuego y hundiéndose en pocos minutos. De sus trescientos

cincuenta y cinco tripulantes, doscientos cincuenta y cuatro murieron en la tragedia, aunque la inmensa mayoría de los oficiales se salvaron, ya que en esos momentos asistían a una recepción oficial ofrecida por las autoridades españolas. El 25 de enero, el navío había llegado a La Habana con el pretexto de velar por la seguridad de los norteamericanos residentes en la isla, cuando en realidad se trataba de un nuevo acto de provocación de los Estados Unidos que contrarió al Gobierno de Madrid.

Desde un primer momento, quedó claro que la Administración norteamericana se iba a servir de la tragedia para intervenir de forma directa en la isla. Antes de que se iniciaran los trabajos de las respectivas comisiones de investigación, la edición del 17 de febrero del *New York Journal*, uno de los periódicos de Hearst, recogía la noticia en su portada con el agresivo titular de «La destrucción del barco de guerra *Maine* se debió al enemigo», al mismo tiempo que recogía las opiniones del entonces secretario de Marina, «Teddy» Roosevelt, afirmando que estaba convencido de que la explosión no se había debido a un accidente. El presidente norteamericano McKinley tenía la guerra que los magnates de la prensa le habían servido en bandeja.



El dramático hundimiento del acorazado *USS Maine* de la Marina de Estados Unidos frente al puerto de La Habana en 1898 señaló el inicio de la Guerra de Cuba.

Estados Unidos se apresuró a preparar dos modernas y poderosas flotas con la orden de encontrar y destruir las escuadras españolas que pudieran defender las Filipinas y Cuba. Mientras tanto, en medio de un clima de euforia patriótica que impedía ver la realidad de los hechos, los barcos de guerra zarparon desde los puertos españoles dispuestos a enfrentarse con su destino. Las victorias norteamericanas en las batallas navales de Cavite, en las Filipinas, y de Santiago de Cuba, en la isla caribeña, fueron un amargo trance para España. La derrota había sido completa y durante las conversaciones de paz iniciadas en París el 8 de octubre de 1898 Estados Unidos impuso sus condiciones, haciendo valer su posición de fuerza y negándose a ceder en cualquier tipo de concesión. Finalmente, el 10 de diciembre de ese mismo año, nuestro país accedió a la firma del Tratado. Según sus cláusulas, España cedía a Estados Unidos Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam, a cambio de una mísera compensación de veinte millones de dólares. El Desastre del 98 se había consumado y la sociedad española exigió una regeneración de la clase

política del país, a la que acusaba de los errores cometidos durante la guerra. Pero las esperanzas de un primer momento pronto quedaron en nada. España iniciaba el siglo XX deslizándose por una peligrosa pendiente que la conduciría a uno de los períodos más turbulentos de su historia. Por aquel entonces, Francisco Franco era un niño de apenas seis años que observaba a los mayores desde una perspectiva infantil. Los comentarios que oía en su casa en boca de los marinos que acudían a hablar con su padre acusaban a la masonería de la que formaban parte algunos políticos españoles como la principal causa del Desastre. Aquellas conversaciones exaltadas y en apariencia intrascendentes dejaron una profunda huella en la sensibilidad del pequeño Paquito, que las escuchaba desde detrás de la puerta con una mezcla de terror y curiosidad.

FAMILIA ROTA

Con el paso de los años, la situación en el seno del matrimonio de los padres de Francisco Franco se fue deteriorando hasta llegar a un punto de no retorno. Don Nicolás se sentía cada día más alejado de su esposa y de sus hijos, circunstancia que influía gravemente en su estado de ánimo y en sus relaciones con los demás. Poco a poco se convirtió en un hombre huraño que no aceptaba las críticas de nadie, comportamiento que le hizo perder amigos y que terminó afectando al rendimiento en su trabajo. Cuando la tensión familiar parecía a punto de estallar, el padre recibió en 1907 la orden de trasladarse a Madrid para ocupar un nuevo destino. Aquel cambio suponía un ascenso en su carrera pero le obligaba a permanecer al menos dos años en la capital, circunstancia que don Nicolás se tomó como una auténtica liberación.

Tras aceptar sin dudar aquel traslado, el esposo se negó de forma expresa a que su familia lo acompañase. Había recuperado su libertad y no estaba dispuesto a que su estricta esposa y sus hijos se la arrebatasen. Con ese gesto se hacía efectiva la separación conyugal aunque doña Pilar, siempre atenta a las apariencias y a la opinión de los demás, disfrazó ese abandono bajo el aspecto de una obligación impuesta por el trabajo de su marido. Aunque en un principio su esposa no lo quisiera ver así, don Nicolás se marchó con la intención de no volver jamás con su familia, sospecha que acabarían confirmando los hechos. Instalado definitivamente en Madrid, disfrutaba de

los encantos de la gran ciudad, intentando retomar los tiempos de su ya lejana soltería. A pesar de llevar una vida que hubiera resultado escandalosa en El Ferrol, nunca se olvidó de enviar el dinero necesario para mantener a su familia.



Doña Pilar Bahamonde siempre ejerció una gran influencia sobre su hijo Francisco.

Lo que no pudo evitar es que un año después de su partida llegase a la ciudad coruñesa la noticia de que vivía con otra mujer. Doña Pilar se apresuró a mitigar el impacto que aquella indiscreción había provocado en la cerrada y provinciana sociedad ferrolana afirmando que se trataba de una trampa tendida por una criada de la casa que había seducido a su marido con la intención de chantajearle. A pesar de sus esfuerzos, nadie creyó en aquella novelesca versión que tan sólo sirvió para extender los rumores para vergüenza de su familia. Humillada en su círculo social por la infidelidad de su esposo expuesta a los cuatro vientos, doña Pilar decidió comportarse como si su marido hubiera dejado de existir. Sus hijos crecieron a partir de entonces sin pronunciar el nombre de su padre, criados bajo el paraguas protector de una madre omnipresente.

En los primeros años de su infancia, Paquito asistió a un colegio mixto que había muy cerca de su casa y que estaba dirigido por doña Aurora y doña Pepita, dos solteras conocidas de la familia. De allí pasó al colegio de Primera Enseñanza de don Manuel Comellas, un experimentado profesor que había sustituido a don Marcos, el anciano sacerdote que hasta entonces había estado al frente de la institución. Con el paso de los años Francisco Franco dejó de ser un niño para convertirse en un joven inteligente y despierto que se daba cuenta de todo lo que sucedía a su alrededor. De carácter tímido e introvertido, se sentía un tanto acomplejado por su baja estatura y su voz aflautada, de la que se burlaban algunos de sus compañeros de clase. Ante los ataques de los demás chicos reaccionó encerrándose en sí mismo y rehusando participar en juegos colectivos.

En el colegio se mostraba aplicado; tenía predilección por las matemáticas y destacaba también por tener una buena memoria. Cuando llegaba a casa y terminaba sus tareas escolares, dibujaba y sobre todo leía, especialmente novelas de aventuras y biografías de grandes personajes históricos. Encerrado en su cuarto llegaba a pasar horas enteras haciendo volar su imaginación recreando las gestas que protagonizaban los personajes de los libros. Todas estas aficiones contribuyeron a hacer de él un niño distante y los que le conocieron en aquella época coincidían al señalar su autosuficiencia y frialdad en el trato con los demás. Pero a pesar de sus complejos y del impacto emocional que para la personalidad del niño pudo suponer el fracaso del matrimonio de sus padres, no se puede afirmar a ciencia cierta que la infancia de Franco fuera la de un niño infeliz.

La separación efectiva de sus padres en 1907 coincidió con el alejamiento de los hijos del hogar dirigido por doña Pilar. Nicolás tenía dieciséis años y era alumno de la Academia Naval. Paquito, con algo más de catorce años, se preparaba para iniciar su carrera militar y Pilar, que en aquel entonces tenía doce, estudiaba interna en un colegio de monjas. Tan sólo Ramón, el más pequeño de todos, permanecía al lado de su madre. Al abandono de su marido se unió la soledad que se empezaba a instalar en la casa familiar, pero su fortaleza de ánimo le impidió caer en la depresión. Por aquel entonces doña Pilar tenía cuarenta y un años y don Ladislao, su padre, se había trasladado a

vivir con ella para hacerse compañía mutuamente. Para ocupar su tiempo libre se dedicó a retomar sus viejas amistades y empezó a dar clases nocturnas para obreros. Discreta y vestida siempre de negro, como si guardase luto por el marido que la había repudiado, leía en la soledad de su casa las cartas que le enviaban sus hijos emancipados.

MARINO FRUSTRADO

Por razones obvias, los tres hijos varones del matrimonio mostraron una natural inclinación por los estudios navales. En aquel entonces no existía un Instituto de Enseñanza Media en El Ferrol y tan sólo había varias academias privadas dirigidas por marinos que preparaban a los jóvenes para el ingreso en la Escuela Naval. La derrota sufrida en Cuba y Filipinas ante los norteamericanos había supuesto la destrucción de las flotas de ultramar, dejando a España prácticamente sin barcos de guerra. Debido a esta circunstancia, las escuelas navales habían sido clausuradas en 1901, aunque la de El Ferrol fue reabierta en 1903 para cerrarse de nuevo cuatro años más tarde. Habría que esperar hasta 1912 para que las autoridades navales españolas decidieran inaugurar la Escuela Naval de Cádiz.

Debido a todos estos avatares, Nicolás y Francisco, los dos hermanos mayores, veían cómo se les cerraban las puertas para seguir cursando los estudios necesarios para desempeñar la carrera que habían ejercido sus antepasados desde hacía cinco generaciones. Forzados por la tradición familiar, la única opción que les quedaba era prepararse para el ingreso en el Cuerpo General de la Marina, institución que hasta entonces había estado vetada para los hijos de los administradores navales, como era su caso. En ningún momento Francisco se planteó la posibilidad de optar por una carrera militar en el Ejército, elección descartada desde un principio para no contrariar a su padre.

Después de aprobar los dos primeros cursos de bachillerato, se matriculó junto a su hermano mayor en el Colegio de la Marina, dirigido en aquel entonces por don Saturnino Suanzes, un capitán de corbeta amigo de la familia. El centro de enseñanza tenía la peculiaridad de encontrarse a bordo de la fragata *Asturias*, lo que contribuía a despertar aún más el interés de los

alumnos. En sus aulas se impartían clases para formar a los aspirantes a ingresar en la Escuela Naval y durante su formación Francisco Franco se esforzó mucho más de lo que lo había hecho en el colegio. En medio de un ambiente hostil, rodeado por compañeros mucho mayores que se reían de su aspecto enclenque, soportó dos años muy duros que también contribuyeron de forma decisiva a forjar su carácter adulto.

Nicolás aprobó en 1906 el examen de ingreso en la Escuela Naval, e inició sus estudios de primer curso. Pero al año siguiente, mientras Francisco preparaba las pruebas para la nueva convocatoria, se produjo un acontecimiento inesperado que iba a frustrar definitivamente sus expectativas. Las autoridades decidieron entonces cerrar las instalaciones de la Escuela por falta de presupuesto y el aspirante a guardiamarina vio truncada su ilusión de convertirse en marino de guerra. Ante aquel obstáculo insalvable se le planteó, con apenas catorce años, la necesidad de tomar una decisión sobre su porvenir. Sin contar con el apoyo y el consejo de su padre ausente y prescindiendo de la opinión de su madre, Francisco acudió a don Saturnino para pedirle ayuda. El viejo marino le recomendó seguir la carrera militar en el Ejército, augurándole rápidos ascensos y un brillante porvenir en la Infantería. Muchos de sus compañeros de estudio en el Colegio de la Marina también habían optado por ese mismo camino y Francisco no tardó demasiado en decidirse. Convencido de que era lo mejor para él, aún le quedaba obtener el consentimiento paterno.

Cuando le planteó a su estricto padre su intención de ingresar en la Academia de Infantería de Toledo, en un principio este no se opuso aunque también manifestó sus dudas. Don Nicolás seguía considerando a Paquito un niño poco desarrollado que no iba a soportar el cambio de ciudad ni la disciplina cuartelera de la Academia. Sin embargo, ante la insistencia reiterada de su hijo, no le quedó más remedio que ceder y darle su consentimiento, sorprendido quizá por el grado de madurez que le había mostrado. El anuncio de su partida fue mucho más duro para su madre. Doña Pilar contemplaba cómo sus hijos mayores se marchaban definitivamente de casa dejándola cada vez más sola. En el caso de Paquito era aún peor porque tenía que instalarse en otra ciudad muy alejada geográficamente de su hogar, pero sabiendo que no podía oponerse a sus deseos, consintió resignada. A partir de ese momento,